

# LOS NUEVOS DIOSES \*

Por E. M. CIORAN

QUIEN se interese en el desfile de ideas y creencias irreductibles, haría bien en detenerse ante el espectáculo que ofrecen los primeros siglos de nuestra era: hallaría en ellos el modelo exacto de todas las formas de conflicto que, bajo una forma atenuada, se encuentran en no importa qué momento de la historia. Y se explica: es la época en que más se ha odiado. Ello es mérito de los cristianos, febriles, intratables, expertos, de golpe, en el arte de la abominación, mientras que los paganos no sabían manejar ya más que el desprecio. La agresividad es un rasgo común a hombres y dioses nuevos.

Si un monstruo de amenidad, desconocedor de la aspereza, quisiese, sin embargo, aprenderla, o saber, al menos, lo que significa, lo más simple para él sería leer algunos autores eclesiásticos, comenzando por Tertuliano, el más brillante de todos, y terminando, pongamos, por San Gregorio de Nacianzo, amargo y sin embargo insípido, cuyo discurso contra Juliano el Apóstata le da a uno ganas de convertirse inmediatamente al paganismo. Ninguna cualidad se reconoce allí al emperador; con una no disimulada satisfacción se pone en tela de juicio su muerte heroica en la guerra contra los persas, donde él habría caído a manos de "un bárbaro que ejercía el oficio de bufón y que seguía al ejército para hacer olvidar a los soldados las fatigas de la guerra con sus volatines y sus donaires". Ninguna elegancia, ninguna preocupación por parecer digno de tal adversario. Lo que es imperdonable en el caso del santo es que había

---

\* Original: "Les nouveaux dieux", *Mercure de France*, julio-agosto 1965, pp. 353-367. Traducción de Servando Montaña Peláez, U. P. R.

conocido a Juliano en Atenas desde que, jóvenes ambos, frecuentaban las escuelas filosóficas.

Nada más odioso que el tono de los que defienden una causa, comprometida en apariencia, próspera de hecho, y que no pueden contener la alegría ante la idea de su triunfo, ni tienen reparo en convertir sus mismos terrores en otras tantas amenazas. Cuando Tertuliano, sardónico y tembloroso, describe el Juicio final, *el más grande de los espectáculos*, como él lo llama, se imagina la risa que le producirá el contemplar a tantos monarcas y dioses "lanzando horribles gemidos en lo más profundo del abismo". Esta insistencia en recordar a los paganos que están perdidos, ellos y sus ídolos, era para exasperar hasta a los espíritus más moderados. La apologética cristiana, serie de libelos con disfraz de tratados, representa el summum del género bilioso.

Sólo se puede respirar a la sombra de divinidades gastadas. Cuanto más se persuade uno de ello, más se repite con terror que, de haber vivido en la época en que el cristianismo florecía, quizás hubiese uno experimentado su fascinación. Los comienzos de una religión (como los comienzos de lo que sea) son siempre sospechosos. Sólo ellos, sin embargo, poseen alguna realidad, sólo ellos son *verdaderos*; verdaderos y abominables. No se asiste impunemente a la instauración de un dios, sea el que sea y surja donde surja. Este inconveniente no es de ahora: lo señalaba ya Prometeo, víctima él mismo de Zeus y de la nueva ralea del Olimpo.

Mucho más que la perspectiva de la salvación, era el furor contra el mundo antiguo lo que arrastraba a los cristianos en un mismo impulso de destrucción. Como provenían, en su mayor parte, de fuera, se explica su desenfreno contra Roma. Pero ¿en qué clase de frenesí podía participar el indígena cuando se convertía? Menos provisto que los otros, sólo disponía de un recurso: odiarse a sí mismo. Sin esta desviación del odio, insólita al principio, contagiosa enseguida, el cristianismo se hubiese quedado en simple secta, limitada a una clientela extranjera, única capaz, propiamente hablando, de cambiar sin pena ni gloria los antiguos dioses por un cadáver clavado. El que quiera saber cómo hubiese reaccionado frente a Constantino, que se ponga en el lugar de un aferrado a la tradición, de un pagano orgulloso de serlo: ¿cómo consentir en la cruz, cómo tolerar que sobre los estandartes romanos figure el símbolo de una muerte deshonrosa? Se resignaron, sin embargo, y es difícil imaginarse el cúmulo de fallos interiores de donde pudo

surgir esta resignación, que muy pronto iba a ser general. Si en el orden moral puede concebirse como la culminación de una crisis, y concederle así la condición o la excusa de una conversión, desde el momento en que no se la considera más que bajo el ángulo político, aparece como una traición. Abandonar los dioses que hicieron a Roma, era abandonar a Roma misma, para aliarse con esta "nueva raza de hombres nacidos ayer, sin patria ni tradiciones, confabulados contra todas las instituciones religiosas y civiles, perseguidos por la justicia, marcados universalmente por la infamia, pero orgullosos de la execración común". La diatriba de Celso es del 178. A casi dos siglos de distancia, Juliano escribiría por su parte: "Si se ha visto, durante el imperio de Tiberio o de Claudio, a un solo espíritu distinguido convertirse a las ideas cristianas, consideradme como el más grande de los impostores".

La "nueva raza de hombres" tendría que moverse mucho antes de lograr la conquista de los refinados. ¿Cómo fiarse de estos desconocidos, venidos de los bajos-fondos y cuyos gestos, en su totalidad, invitaban al desprecio? Pues justamente ¿de qué modo aceptar el dios de aquellos a quienes se desprecia y que, para colmo, era de hechura fresca? Puesto que sólo la antigüedad garantizaba la validez de los dioses, se los toleraba a todos con tal que no fuesen de fecha reciente. Lo que se encontraba particularmente molesto en el caso, era la absoluta novedad del Hijo: un contemporáneo, un advenedizo... Era él, personaje repugnante, no previsto ni prefigurado por ningún sabio, el que más "chocaba". Su aparición fue un escándalo, y fueron necesarios cuatro siglos para habituarse a él. Aceptado el Padre como antiguo conocido, los cristianos, por razones tácticas, se replegaron sobre él y lo reivindicaron: los libros que le enaltecían, y cuyo espíritu perpetuaban los Evangelios, ¿no eran, según Tertuliano, anteriores en muchos siglos a los templos, a los oráculos y a los dioses paganos? El apologista, una vez inspirado, llega a sostener hasta que Moisés precede en varios milenios a la ruina de Troya. Tales divagaciones estaban destinadas a combatir el efecto que pudieran suscitar anotaciones como esta de Celso: "Después de todo, los judíos, desde hace muchos siglos, se han organizado como nación, y han establecido para su uso leyes que todavía retienen. La religión que observan, valga lo que valga y dígame lo que se quiera de ella, es la religión de sus antepasados. Permaneciendo fieles a ella, no hacen algo distinto a los demás hombres, que guardan cada uno las costumbres de su país".

Someterse al prejuicio de la antigüedad era reconocer implícitamente a los dioses indígenas como los únicos legítimos. Los cristianos deseaban, por cálculo, inclinarse ante este prejuicio como tal, pero no podían, sin destruirse, ir más lejos y adoptarlo íntegramente, con todas sus consecuencias. Para un Orígenes, los dioses étnicos eran ídolos, supervivencias del politeísmo; ya antes San Pablo los había rebajado al rango de demonios. El judaísmo los consideraba a todos como mentirosos, salvo a uno, el suyo. "Su único error —dice Juliano de los judíos—, es que, intentando satisfacer a su dios, no se sirven, al mismo tiempo, de los demás". Sin embargo les alaba por su repugnancia a seguir la moda en materia de religión. "Yo rehuyo la innovación en todas las cosas, particularmente en lo que respecta a los dioses", es una confesión que le ha desacreditado y que se ha utilizado para tacharle de "reaccionario". Pero ¿qué "progreso", se pregunta uno, representa el cristianismo respecto al paganismo? No hay "salto cualitativo" de un dios a otro, ni de una civilización a otra. No más que de un lenguaje a otro. ¿Quién osaría proclamar la superioridad de los escritores cristianos sobre los paganos? Aun de los profetas, no obstante su aire y estilo diferente al de los Padres de la Iglesia, San Jerónimo nos confiesa la aversión que experimentaba, al leerlos después de haberse sumergido en Cicerón o Plauto. El "progreso", en la época, estaba encarnado en esos Padres ilegibles: ¿era pasarse a la "reacción" el apartarse de ellos? Juliano tenía completa razón al preferir a Homero, Tucídides o Platón. El edicto en que prohibía a los profesores cristianos explicar los autores griegos, ha sido vivamente criticado en todas las épocas no sólo por sus adversarios, sino también por sus admiradores. Sin querer justificarle, no puede uno menos de comprenderle. Tenía frente a sí a unos fanáticos; para hacerse respetar por ellos, era necesario exagerar de vez en cuando como ellos, adeudarles alguna locura, sin lo cual ellos le hubiesen desdeñado y tomado por un diletante. Exigió, pues, a estos "enseñantes" imitar a los escritores que explicaban y compartir sus opiniones sobre los dioses. "Y si creen que esos autores se han equivocado en el punto más importante, ¡que se vayan a las iglesias de los galileos a comentar a Mateo y a Lucas!"

A los ojos de los antiguos, cuantos más dioses se reconocen, mejor se sirve a la divinidad, de la que aquellos no son sino aspectos, rostros. Pretender limitar su número era una impiedad; suprimirlos todos en favor de uno sólo, un crimen. Es de este crimen del que se

hicieron culpables los cristianos. Así, no era ya viable la ironía respecto a ellos: el mal que propagaban había ganado demasiado terreno. Toda la irritación de Juliano procedía de la imposibilidad de tratarlos con desenvoltura.

\* \* \*

El politeísmo responde mejor a la diversidad de nuestras tendencias y de nuestros impulsos, a los que ofrece la posibilidad de ejercitarse, de manifestarse, puesto que, así, cada uno de ellos es libre de tender, según su naturaleza, hacia el dios que le conviene en cada momento. Pero ¿qué se puede emprender con sólo un dios? ¿Cómo tratarle, cómo *utilizarle*? Presente él, se vive siempre *bajo presión*. El monoteísmo constriñe nuestra sensibilidad: nos ahonda al limitarnos; sistema de apremios que nos confiere una dimensión interior en detrimento de la expansión de nuestras fuerzas, constituye una barrera, detiene nuestro desarrollo, nos trastorna. Con los muchos dioses éramos, sin duda, más *normales* de lo que lo somos con uno solo. Si la *salud* es un criterio, ¡qué retroceso el monoteísmo!

Bajo el régimen de dioses múltiples, el fervor se reparte; cuando éste se dirige a uno solo, se concentra y exaspera, y termina por tornarse agresividad, *fe*. Ya no está dispersa la energía: toda ella se orienta en una misma dirección. Lo que era digno de notarse en el paganismo, es que en él no se hacía distinción entre creer y no creer, tener y no tener fe. La fe, por otra parte, es una invención cristiana; supone un mismo desequilibrio en el hombre y en Dios, arrastrados ambos en un diálogo tan dramático como delirante. De ahí el carácter arrebatado de la nueva religión. La antigua, más *humana*, le dejaba a uno la facultad de escoger el dios que quisiese; como ella no te imponía ninguno, era cosa tuya inclinarte por éste o el otro. Cuanto más caprichoso fuese uno, más necesidad tenía de cambiarlos, de pasar del uno al otro, siempre con la seguridad de encontrar el medio de amarles a todos en el curso de una existencia. Por añadidura, eran modestos, no exigían más que el respeto; se les saludaba, no se arrodillaba uno ante ellos. Eran ideales para aquél cuyas contradicciones no estaban resueltas ni podían estarlo, para el espíritu atormentado y no apaciguado: ¡qué oportunidad, para él, de poder, durante su afanoso caminar, *probarlos* todos, y de estar casi seguro de topar precisamente con aquel del que se tenía más necesidad en el momento! Después del triunfo del cristianismo, la libertad de moverse entre ellos y de escoger uno a la propia medida,

se hizo inconcebible. Un esteta, pongamos por caso, fatigado del paganismo, pero no hastiado aún ¿se habría adherido a la nueva religión de haber adivinado que iba a extenderse durante tantos siglos? ¿Habría trocado la fantasía propia del régimen de los ídolos intercambiables, por un culto cuyo dios iba a gozar de una tan terrorífica longevidad?

En apariencia, el hombre se ha proporcionado los dioses por necesidad de estar protegido, de tener una garantía; en realidad, lo ha hecho por avidez de sufrir. Mientras creyó que había multitud de ellos, se otorgó una libertad de juego, con escapatorias; al limitarse posteriormente a uno solo, se infligió un suplemento de trabas y congojas. Apenas únicamente un animal que se ame y se odie hasta el vicio, puede ofrecerse el lujo de una servidumbre tan pesada. ¡Qué crueldad hacia nosotros mismos la de ligarnos al gran Espectro y asociar nuestra suerte a la suya! ¡El dios *único* hace la vida irrespirable!

El cristianismo se ha servido del rigor jurídico de los romanos y de la acrobacia filosófica de los griegos, no para liberar el espíritu, sino para encadenarlo. Y, al encadenarlo, lo ha obligado a profundizarse, a descender hacia sí mismo. Los dogmas lo aprisionan, le fijan límites exteriores que a ningún precio debe sobrepasar; al mismo tiempo le dejan en libertad de recorrer su universo propio, de explorar sus propios vértigos, y, para escapar a la tiranía de las certidumbres doctrinales, de buscar el ser —o su equivalente negativo— hasta el extremo último de toda sensación. El éxtasis, aventura del espíritu encadenado, es más frecuente en una religión autoritaria que en una liberal; pues supone, en tal caso, un salto hacia la intimidad, el amparo en las profundidades, *la huída hacia sí*.

Al no haber tenido durante tanto tiempo más refugio que Dios, nos hemos sumergido tan profundamente en él como en nosotros (esta inmersión representa la única hazaña real que hemos llevado a cabo en dos mil años), hemos sondeado sus abismos y los nuestros, derruido, uno a uno, sus secretos, extenuado y comprometido su sustancia mediante la doble agresión del saber y de la oración. Los antiguos no sobrecargaban a sus dioses: poseían demasiada elegancia como para cansarlos o convertirlos en objeto de estudio. Como no se había operado el paso funesto de la mitología a la teología, ignoraban esta tensión perpetua, presente tanto en los acentos de los grandes místicos como en las banalidades del catecismo. Cuan-

do el mundo de aquí abajo se convierte en impracticable, y nosotros mismos sentimos que se ha cortado el lazo que nos liga a él, el remedio no reside ni en la fe ni en la negación de la fe (expresión una y otra de la misma debilidad), sino en el diletantismo pagano, o, más exactamente, en la *idea* que nos hacemos de él.

\* \* \*

El más grave de los inconvenientes con que tropieza el cristiano es el de no poder servir *conscientemente* más que a un solo dios, aunque tenga la opción, en la práctica, de sujetarse a muchos (¡el culto de los santos!). Saludable sujeción, que ha permitido al politeísmo prolongarse, a pesar de todo, indirectamente. Sin esto, un cristianismo demasiado puro habría instaurado una esquizofrenia universal. Desagrade o no a Tertuliano, *el alma es naturalmente pagana*. Un dios, cualquiera que sea, cuando responde a exigencias inmediatas, urgentes por nuestra parte, representa para nosotros un aumento de vitalidad, un “latigazo”; no sucede así cuando se nos impone o no responde a ninguna necesidad. El error del paganismo fue el de haber aceptado y acumulado demasiados: murió de generosidad y exceso de comprensión, murió por falta de instinto.

Si para dominar el yo, esa lepra, se tienen sólo en cuenta las apariencias, es imposible no deplorar el eclipse de una religión sin dramas, sin crisis de conciencia, sin incitaciones al remordimiento, tan superficial en sus principios como en sus prácticas. En la antigüedad, era la filosofía la profunda y no la religión; en la edad moderna, la “profundidad” y toda la clase de desgarramientos que la acompañan, únicamente al cristianismo son debidos.

Son las épocas sin fe precisa (la época helenística o la nuestra), las que se ocupan de clasificar los dioses, aunque rehúsen distribuirlos en verdaderos y falsos. La idea de que puedan ser equiparados, es, por el contrario, inconcebible en los momentos en que domina el fervor. No hay posibilidad de dirigir una plegaria a un dios *probablemente* verdadero. La oración apenas se rebaja a las sutilezas, ni tolera las gradaciones en el ámbito de lo absoluto: aun cuando duda, lo hace en nombre de la verdad. ¡No se implora a una vaguedad!

Todo esto es exacto sólo después de la calamidad monoteísta. Para la piedad pagana, las cosas eran de otra forma. En el *Octavio*, de Minucio Félix, el autor, antes de defender la postura cristiana, hace decir a Cecilio, el representante del paganismo: “Nosotros notamos que son dioses nacionales los que se adoran: Ceres de Eleusis;

Cibeles en Frigia; Esculapio en Epidaurio; Belo en Caldea; Astarté en Siria; Diana en Táuride; Mercurio entre los Galos, y, en Roma, todos ellos juntos". Y añade, a propósito del dios cristiano, el único no aceptado: "¿De dónde viene este dios único, solitario, abandonado, al que no conoce ninguna nación libre, ningún reino...?"

Según una vieja prescripción romana, nadie debía adorar en particular dioses nuevos o extranjeros, si no estaban admitidos por el Estado, o, más exactamente, por el Senado, único habilitado para decidir cuáles merecían ser adoptados y cuáles rechazados. El dios cristiano, surgido en la periferia del imperio, llegado a Roma por medios inconfesables, se vengaría, más tarde, de haber sido obligado a introducirse allí fraudulentamente.

Sólo se destruye una civilización cuando se destruyen sus dioses. Los cristianos, no atreviéndose a atacar de frente al imperio, la emprendieron con su religión. ¡Qué desgraciados se hubiesen sentido si no se les hubiese considerado dignos de ser elevados al rango de víctimas! Todo les exasperaba en el paganismo: hasta la tolerancia. Seguros de sus certezas, no podían comprender que alguien se resignase, como los paganos, a las verosimilitudes, ni que alguien profesase un culto cuyos sacerdotes, simples magistrados encargados de la mascarada del ritual, no impusiesen a nadie la servidumbre de la *sinceridad*.

Cuando uno se repite a sí mismo que la vida sólo es soportable si se puede cambiar de dioses, y que el monoteísmo contiene en germen todas las formas de la tiranía, cesa de compadecerse de la esclavitud antigua. Era preferible ser esclavo y poder adorar la deidad que se quisiese, que ser "libre" y no tener frente a sí más que una sola variedad de lo divino. La libertad es el derecho a la *diferencia*; por ser pluralidad, la libertad entraña el despilfarro de lo absoluto, su disolución en verdades pulverizadas, tan justificadas como provisionarias. En la democracia liberal existe un politeísmo subyacente (o inconsciente, si se prefiere); por el contrario, todo régimen autoritario participa de un monoteísmo disfrazado. Efectos curiosos de la lógica monoteísta: un pagano, convertido al cristianismo, caía en la intolerancia. ¡Preferible zozobrar juntamente con una masa de dioses acomodaticios, que prosperar a la sombra de un déspota!

En una época en que, a falta de conflictos religiosos, estamos siendo testigos de conflictos ideológicos, la cuestión que se nos plantea es exactamente la misma que obsesionó a la antigüedad de-

cadente: "¿Cómo renunciar a tantos dioses en favor de uno solo?" —con una diferencia, sin embargo: que el sacrificio que se nos exige está colocado más abajo, en el nivel de las opiniones y no en el nivel de los dioses. Desde el momento en que una divinidad o una doctrina aspiran a la supremacía, está amenazada la libertad. Si se considera a la tolerancia como el valor supremo, todo lo que aiente contra ella debe ser catalogado como un crimen, empezando por esas empresas de conversión en las que la Iglesia ha sido inimitable. Y si ha exagerado la gravedad de las persecuciones de que fue objeto, y engrosado ridículamente el número de sus mártires, es porque, habiendo sido durante tanto tiempo una fuerza opresora, necesitaba encubrir sus crímenes bajo pretextos nobles: dejar impunes las doctrinas perniciosas ¿no constituía, por su parte, una traición a los que se habían sacrificado por ella? Es, pues, por espíritu de fidelidad por lo que ella procedía a la aniquilación de los "extraviados", y por lo que pudo, después de haber sido perseguida durante cuatro siglos, ser perseguidora durante catorce. Tal es el secreto, el *milagro* de su perennidad. Jamás mártires algunos fueron vengados tan sistemática y encarnizadamente.

Por haber coincidido el advenimiento del cristianismo con el del Imperio, algunos Padres (Eusebio entre ellos), sostuvieron que esta coincidencia tenía un profundo significado: un Dios —un Emperador. En realidad, fue la abolición de las barreras nacionales, la posibilidad de circular a través de un vasto Estado sin fronteras lo que permitió al cristianismo infiltrarse y dominar la situación. Sin esta facilidad para propagarse, habría quedado reducido a una simple secta en el seno del judaísmo, en vez de convertirse en una religión invasora y, lo que es más enojoso, en una religión de propaganda. Todo le vino bien para reclutar, para afirmarse y extenderse, hasta aquellos funerales diurnos, cuyo aparato era una verdadera ofensa, tanto para los paganos como para los dioses olímpicos. Juliano observa que, según los legisladores antiguos, "puesto que la vida y la muerte difieren radicalmente, los actos relativos a la una y a la otra deben ser cumplimentados separadamente". Pero los cristianos, en su proselitismo desenfrenado, no estaban dispuestos a cumplir esta disociación: conocían demasiado bien la utilidad del cadáver, el provecho que de él se podía sacar. El paganismo no ha escamoteado la muerte, pero se ha guardado muy bien de hacer de ella un escaparate. Para él era un principio fundamental que la muerte no se compagina con el pleno día, que es un insulto a la luz;

está ligada a la noche y a los dioses infernales. Los galileos lo han llenado todo de sepulcros, decía Juliano, que siempre llama a Jesús el "muerto". Para los paganos dignos de este nombre, la nueva superstición sólo podía aparecer como una explotación, como una valoración de lo horroroso. Por esta misma razón, tenían que deplorar el progreso llevado a cabo por ella en todos los ambientes. Lo que Celso no pudo conocer, pero que Juliano conoció perfectamente, fueron los veleidosos del cristianismo, esos que, incapaces de adherirse a él enteramente, se esforzaban, sin embargo, en seguirlo, temiendo que, si permanecían al margen, se vieran excluidos del "porvenir". Fuese oportunismo o miedo a la soledad, querían caminar al lado de aquellos hombres "nacidos ayer", pero llamados muy pronto al papel de señores, de verdugos.

\* \* \*

Por legítima que haya sido su pasión por los dioses difuntos, Juliano no tenía ninguna posibilidad de resucitarlos. En lugar de dedicarse inútilmente a ello, habría hecho mejor en aliarse, por rabia, con los maniqueos y en dedicarse a minar con ellos la Iglesia. De esta forma, al sacrificar su ideal, habría, al menos, satisfecho su rencor. ¿Qué otra carta le quedaba aún sino la de la venganza? Ante él se abría una magnífica carrera de demolidor; tal vez se hubiese enrolado en ella de no haber sido cegado por la nostalgia del Olimpo. No se libran batallas en nombre de una añoranza. Murió joven, es verdad: apenas dos años de reinado; ¡qué servicio nos hubiese rendido de haber tenido diez o veinte delante de sí! No habría logrado, sin duda, ahogar al cristianismo, pero lo habría obligado a ser más modesto. Nosotros, entonces, no seríamos tan vulnerables, pues no hubiésemos vivido como si fuéramos el centro del universo, como si todo, *hasta el mismo Dios*, girase a nuestro alrededor. La Encarnación es la más peligrosa lisonja de que hayamos sido objeto: nos ha dispensado un estatuto desmesurado, fuera de proporción con lo que somos. Al elevar la anécdota humana a la dignidad de drama cósmico, nos ha engañado acerca de nuestra insignificancia, nos ha precipitado en la ilusión, en ese optimismo mórbido que, en contra de toda evidencia, confunde andadura con apoteosis. La antigüedad, mucho más reflexiva, ponía al hombre en su sitio. Cuando Tácito se pregunta si los acontecimientos son regidos por leyes eternas o se desarrollan a compás del azar, no responde, a decir verdad: deja la cuestión indecisa, y esta indecisión refleja, mejor que nada, el

sentimiento general de los antiguos. El historiador más que nadie, enfrentado a este complejo de constantes y de aberraciones de que se compone el proceso histórico, se ve necesariamente empujado a oscilar entre el determinismo y la contingencia, las Leyes y el capricho, la Física y la Fortuna. Apenas existe una desgracia que no podamos, según nuestro gusto, atribuir ya sea a una distracción de la Providencia, ya sea a la indiferencia del azar, ya sea, en fin, a la inflexibilidad del destino. Esta trinidad, de uso tan cómodo para todos, especialmente para un espíritu desengañado, es lo más consolador que la sabiduría pagana ha podido proporcionarnos. Los modernos sienten repugnancia en recurrir a ella, como la sienten también ante la idea, específicamente antigua, según la cual los bienes y los males representan una suma invariable que no puede sufrir modificación alguna. Con nuestra obsesión por el progreso y la regresión, nosotros admitimos implícitamente que el mal cambia, sea por aumento o por disminución. La identidad del mundo consigo mismo, la idea de que está condenado a ser lo que es, de que el porvenir no va a añadir nada esencial a los datos existentes, esta hermosa idea no tiene curso legal; sucede que, precisamente, el *porvenir*, objeto de esperanza o de horror, es nuestro verdadero *lugar*; vivimos en él, él lo es *todo* para nosotros. La obsesión por el acontecimiento, que es de esencia cristiana, al reducir el tiempo al concepto de lo inminente y de lo posible, nos vuelve incapaces de concebir un instante inmutable, apoyado en sí mismo, sustraído al flujo de la sucesión. Aun desprovista de todo contenido, la espera es un vacío que nos colma, una ansiedad que nos tranquiliza: tan incapaces somos de una visión estática. "No es necesario que Dios corrija su obra" —esta opinión de Celso, que es la de toda una civilización, contradice nuestras inclinaciones, nuestros instintos, nuestro mismo ser. Sólo podemos ratificarla en un momento insólito, en un *acceso* de sabiduría. Está en oposición también con lo que piensa el creyente, porque lo que se reprocha a Dios, en los medios religiosos más que en ningún otro, es su buena conciencia, su indiferencia ante la calidad de su obra, y su reparo en atenuar las anomalías de ésta. Necesitamos el *futuro* a toda costa. La creencia en el Juicio final ha creado las condiciones psicológicas de la creencia en el *sentido* de la historia; mejor: toda la filosofía de la historia no es más que un subproducto de la idea del Juicio final. Aunque nos inclinemos hacia una u otra teoría cíclica, se trata, por nuestra parte, sólo de una adhesión abstracta; de hecho nos comportamos

como si la historia siguiese un desarrollo lineal, como si las diversas civilizaciones que en ella se suceden no fuesen sino etapas que recorre, para manifestarse y realizarse, algún gran designio, cuyo nombre varía conforme a nuestras creencias o nuestras ideologías.

\* \* \*

¿Hay mayor prueba de la deficiencia de nuestra fe que el hecho de que no existan ya para nosotros los falsos dioses? Apenas puede entreeverse cómo, para un creyente, puedan ser igualmente legítimos el dios a quien él ruega y otro completamente diverso. La fe es exclusión, reto. Por no poder ya detestar a las otra religiones, por *comprenderlas*, es por lo que el cristianismo está acabado: le hace falta cada vez más la vitalidad de la que se deriva la intolerancia. Para su desgracia, ha dejado de ser monstruoso. Lo mismo que el politeísmo decadente, está tocado, está paralizado por una amplitud de miras demasiado grande. Su dios no tiene ya para nosotros más prestigio del que tenía Júpiter para los paganos derrotados.

¿A qué se reduce la charlatanería acerca de la "muerte de Dios", sino a una constatación del fallecimiento del cristianismo? No se osa atacar abiertamente a la religión: se echa la culpa a sus formulaciones, a las que se tacha de inactuales, tímidas, moderadas. A un dios que ha dilapidado su capital de crueldad, nadie le teme ya ni le respeta. Estamos marcados por todos esos siglos en que creer en él era rechazarle, en que nuestros terrores le imaginaban compasivo y sin escrúpulos a la vez. ¿A quién podría intimidar él ahora, cuando los mismos creyentes perciben que está sobrepasado, que no puede enlazársele ya con el presente, y menos aún con el porvenir? Y lo mismo que el paganismo tuvo que ceder ante el cristianismo, este último tendrá que doblegarse ante cualquier nueva creencia; desprovisto de agresividad, no constituye ya un obstáculo para la irrupción de otros dioses; éstos sólo tienen que surgir, y surgirán tal vez. No tendrán, sin duda, ni el rostro ni siquiera la máscara de dioses, pero no por ello serán menos terribles. Para quienes libertad y vértigo se equiparan, una fe, venga de donde venga, aunque sea antirreligiosa, es una traba saludable, una cadena deseada, soñada, que tendrá la función de frenar la curiosidad y la fiebre, de suspender indefinidamente la angustia. Cuando esta fe le arrastra a uno y se instala, lo que inmediatamente resulta de ahí es la reducción del *número* de problemas que uno tiene que plantearse, al

mismo tiempo que una disminución casi trágica de las opciones: se te ha arrebatado el fardo de la elección: otro elige en lugar tuyo.

Lo que los paganos refinados que se dejaban tentar por la nueva religión esperaban de ella, era precisamente que alguien eligiese por ellos, que se les indicase dónde ir, para, así, no tener que dudar ya en los umbrales de tantos templos, ni vacilar entre tantos dioses. Fue por cansancio, por repulsa de las peregrinaciones del espíritu, por lo que se concluyó esa efervescencia sin *credo* que caracteriza a toda época alejandrina. Se denuncia la coexistencia de las verdades, porque nadie se satisface ya con lo *poco* que cada una ofrece; se aspira al todo, pero a un todo limitado, circunscrito, *seguro*: tan grande es el miedo a caer de lo universal en lo incierto, de lo incierto en lo precario y amorfo.

El cristianismo está en trance de experimentar la misma caída que el paganismo experimentó en su tiempo. Está decayendo y se empeña en decaer; es esto lo que le hace soportable ante los increídulos, mejor dispuestos cada vez respecto a él. Al paganismo, aun vencido, se le detestaba: los cristianos eran unos furiosos que no podían olvidar; mientras que, en nuestros días, todo el mundo ha perdonado al cristianismo. Ya en el siglo XVIII se habían agotado todos los argumentos en contra suya. Igual que un veneno que, perdida toda su eficacia, no puede ya salvar ni dañar a nadie. Pero ha destronado demasiados dioses para que, en estricta justicia, pueda escapar a la suerte a que él los condenó. Ha sonado para ellos la hora del desquite. Grande debe ser su alegría al ver al peor de sus enemigos tan bajo como ellos, ya que a todos él acepta sin excepción. En la época de su triunfo, demolió templos y violó conciencias allí donde le plugo aparecer. Un dios nuevo, aunque fuese mil veces crucificado, ignora la piedad, arrasa cuanto encuentra al paso, se obstina en ocupar el máximo de espacio. De esta manera nos hace pagar caro el hecho de no haberle aceptado más pronto. Mientras permaneció en la oscuridad pudo tener cierto atractivo: en tal momento no eramos capaces de descubrir en él los estigmas de la victoria.

Nunca es más "noble" una religión que cuando le cae en suerte ser tomada por una superstición y asiste, desinteresada, a su propio eclipse. El cristianismo se formó y desarrolló en el odio a todo lo que no era él; este odio le ha sostenido a todo lo largo de su carrera; acabada ésta, su odio se acaba también. Cristo no descenderá ya a los infiernos; se le ha vuelto a colocar en la tumba, y, esta vez sí,

permanecerá allí, no resurgirá de ella probablemente jamás: no hay nadie ya a *quien* liberar ni en la superficie ni en las profundidades de la tierra. Cuando se piensa en los excesos que acompañaron su advenimiento, no puede uno menos de evocar la exclamación de Rutilio Numanciano, el último poeta pagano: ¡Pluguiera a los dioses que la Judea no hubiese sido conquistada jamás!

Puesto que está admitido que los dioses son verdaderos indistintamente ¿por qué detenerse a medio camino, por qué no predicarlos a todos? Esta sería, por parte de la Iglesia, una suprema realización: perecería inclinándose ante sus víctimas... Algunos signos están anunciando que ella siente esa tentación. Así, al modo de los templos antiguos, tendría el honor de acoger en sí a las divinidades, a los residuos procedentes de todas las paries. Pero, una vez más, es preciso que antes desaparezca el *verdadero* dios, para que todos los demás puedan resurgir.

## ASPECTOS TERRORISTAS EN EL PANTEISMO DE NIETZSCHE

Por MANFRED KERKHOFF

### I

EL rumor del ateísmo de Nietzsche parece tener motivos: La propagación de “la muerte de Dios” y, en consecuencia, la abolición del más-allá cuentan entre las audacias entonces inauditas de ese espíritu detonador quien dijo de sí mismo: No soy un hombre, soy la dinamita. De hecho, Nietzsche no se cansa de regocijarse sobre el final de la “mentira más larga” o sea de la muerte del “viejo Dios”; y sus invectivas furiosas contra el cristianismo se explican precisamente por su indignación y coraje sobre el crimen que habría sido casi eternizado por esa “religión de esclavos”, a saber la traición de la tierra.

En Dios, dice Nietzsche, se ha divinizado la nada; Dios, significa eso, no solamente ha muerto sino que nunca ha vivido, existido; fue simplemente una mentira, la “locura entusiasmada del hombre”; es “inmoral”, por eso, “creer en Dios”, y tanto más cuando se trata del “Dios bueno”; pues ese es el resultado de una “castración” innatural, un contrasentido ya que lo divino no debería limitarse a bondad, no debería limitarse en ningún sentido. Sea como sea: Dios, el no-ser divinizado —¿acaso se puede decir más claramente que la actitud detrás de tales palabras es ateísmo?

¡Pero cuidado con ese término! ¿No debe extrañarnos el que Jenófanes quien, seducido por Parménides, proclamaba como primer